

## HISTORIA DE LA FILOSOFIA COLOMBIANA

*Al señor canónigo doctor don Francisco J. Zaldúa*

### INTRODUCCION

Toda inquisición de causas supremas, en siendo profunda y ordenada, conduce al hallazgo de un motor necesariamente inmóvil y, en último análisis, el corazón de todo sistema filosófico no es sino un núcleo de verdades teológicas.

No hay pueblo sin filosofía, porque el hombre es naturalmente filósofo.

La nuestra, en sus orígenes, fue puesta al servicio de la idea católica, igual que la de las grandes naciones europeas, mas con una diferencia: no hubo por acá discípulos de Platón, sino de Aristóteles, aun cuando nuestros frailes estudiaron al fundador de la Academia, como al maestro del Liceo.

Ya es lugar común el afirmar que en la época colonial reinó en América el ergotismo escolástico.

Dijolo García del Río (1), lo repitió Varela en Cuba y en Caracas (2); Mora predicólo a los peruanos (3); Vergara y Vergara lo sostuvo (4), lo hizo tesis nuestro erudito Ibáñez (5); Miguel Varas y Ventura Marín afirmáronlo en Santiago (6), y fue tal el valor de convicción tan peregrina, que hasta el general Mosquera

(1) *Ensayo sobre la historia de la civilización del continente americano.*

(2) *Lecciones de filosofía.* Caracas 1825. T. 1, p. 105.

(3) *Curso de lógica según la escuela de Edemburgo.* Bogotá, 1840. Prel. III.

(4) *Historia de la literatura.* 2.ª ed., p. 248.

(5) *Crónicas de Bogotá.* 2.ª ed. T. 1, p. 386.

(6) *Elementos de ideología,* p. 15.

la encareció (1). Tras los historiadores, llegaron los críticos,

con la test' alta e con rabbiosa fame,

iguales que el león de la selva oscura, porque, como observa Monseñor Carrasquilla (2), para los que estudian en autores no de segunda mano, sino de octava o novena, *ergotismo, peripato, escolástica, tomismo* y hasta *cristianismo* en filosofía suenan como vocablos sinónimos.

Pero en cuestiones de hecho, los hechos deciden.

Fue la filosofía colonial hija legítima de la civilización española del siglo XVI.

Entonces Raimundo Lulio, protegido por el gran cardenal Jiménez, era estudiado en Alcalá, comentado por Proaza y defendido por Riera; Luis Molina, dividía la escuela; Francisco Suárez, el más grande de los doctores españoles, discurría con asombro por los campos de la metafísica y la ética; Fox Morcillo, esforzándose por unir la academia y el liceo; Soto y Cano, bien acreditaban que habían sido discípulos de Victoria; Vives, criticaba; Gómez Pereira, preludiaba a Descartes; Sánchez a Montaigne, y Huarte a los deterministas y frenólogos; los *ramistas* eran encabezados por hombres como Núñez de la Vela y Sánchez de las Brozas; Báñez, Manrique, Arriaga, Córdoba y Blasco, representaban las doctrinas de sus respectivas órdenes religiosas y se afanaban para no dejar apagar el fuego sagrado de la filosofía cristiana. Y este movimiento intenso se transmitió al siglo XVII, que fue representado por Juan de Santo Tomás, Pedro de Valencia, Losada, Caramuel, Pujasol y Quevedo. Y lo que más nos interesa, es que aquella agitación traspasó los mares y tuvo eco en las entonces jóvenes universidades fundadas en América.

(1) *Compendio de geografía general,* p. 69.

(2) *Barbarie del lenguaje escolástico.* v.

Grande actividad inflama los ánimos en nuestra Patria: el Doctor Sutil tiene ingeniosos defensores; cuenta el Eximio discípulos ilustres; Copérnico es colocado al lado de Aristóteles, y el Sol de los Doctores, desde el claustro de la Bordadita, vivifica la doctrina de los maestros y enardece el entusiasmo de los auditores.

¿Por qué?

Porque los frailes que llegaban al nuevo reino de Granada, eran unos, como Fray Cristóbal de Torres, discípulos de Soto; los otros, como Martínez de Ripalda, sabios verdaderos; quien, doctor de Salamanca o de Burgos; alguno, como Juan Chacón, hacía poner después de su nombre: *professor in Salmanticensi Academia*, y hubo otros, como Julián, que enseñaban en la cátedra y predicaban en la lejana misión, o como Mendoza y Ezpeleta tan versados en filosofía como en letras.

Este primer período, que comprende desde la fundación de la primera cátedra de filosofía en Santafé, en 1573, hasta el destierro de los jesuitas, es totalmente desconocido hasta el presente. No obstante, ya quisieran muchas naciones de allende los mares, poder eslabonar a la suya, después del siglo XV, los primeros doscientos años de nuestra historia filosófica.

Llegó entonces el pensamiento patrio a altura no igualada por pueblo alguno americano. Ni Peñafiel, de Lima; ni Aguilar, de Cuzco; ni Francesch, guatemalteco, pueden eclipsar a Martínez de Ripalda, egregio profesor de nuestra *tomística*, ni a Alarcón, maestro del Rosario.

Ya Zea, desde las columnas del *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*, se gloriaba de ello; pero, de los *Peraltas* y *Molinas*, nombrados por él, no se han acordado nuestros historiadores y eruditos (1).

(1) Cfr. M. F. Suárez. Francisco Antonio Zea.

A fuer de buenos escolásticos, nuestros escritores coloniales no olvidaron a San Juan Damasceno y parece que la *Fuente de la sabiduría*, cuya introducción, ordinariamente llamada dialéctica, es más bien la ontología de Aristóteles, fue una de las obras que más influyeron en nuestras universidades. Puesta fue la filosofía peripatética como escabel de la sagrada teología: por eso grande parte de los códices adelante citados, son exposiciones teológicas, cimentadas en la doctrina del Estagirita.

Antes que terminara este período, aquel Fuente de la Peña, precursor de Darwin, era conocido en el Colegio del Rosario. Esotro *universal Bacon*, de quien nos habla García del Río, por la misma época, codeábase en nuestra biblioteca con Newton, Boscovich y Fulginato Gentil, comentador de Avicena, cuyas obras se hallan cuidadosamente anotadas por Fray Cristóbal de Torres, lector apasionado de Erasmo. Y ese Juan Huarte de San Juan, «padre inconsciente de muchos errores materialistas,» como lo nombra Menéndez y Pelayo, fue conocido en el claustro de la Bordadita un siglo antes que otros menos ilustres médicos nos dieran las doctrinas de Gall, como últimas palabras de la ciencia (1).

En este período, esto es, antes de 1767, Copérnico es comentado por un fraile. Héteme aquí, lector, con una *Metaphysica aristotélica*, anterior al destierro de los jesuitas, y no puedo resistirme a copiar dos o tres frasecitas que obligarán a hacer alguna reforma a nuestros historiadores, pues todos creían, con don Pedro María Ibáñez, que antes de 1794 no se conocía por acá el sistema de Copérnico:

(1) Cfr. Libro que comprende los tres inventarios.... puesto para gobierno de la librería deste Colegio.... por su actual Rector D. D. Fernando Caicedo y Flores, 1800. B. del C. M. de N. S. del R.

*Pythagoras Terram in centro mundi collocavit* (1).

*Copernici sectatores collocant solem in centro* (2).

*Nec tamen opinio quæ prius blasphema credebatur, paulatim sese in academias, et ipsas Religiosas Familias insinuavit* (3).

No pues, *hasta fines del siglo XVIII* (4), sino desde mediados de esta desventurada centuria, el sol de la tomística declinó, para hundirse en una noche secular que, no por tormentosa y agitada, deja de tener grandes lecciones para el porvenir.

Dícenos la filosofía de la historia que guarda proporción el tiempo de las decadencias con las duraciones de los caminos que llevan a la edad de oro. A un lento y seguro laborar, a un paulatino adelantamiento, sucede un período de grandeza más duradero que el resultante de movimientos colosales efimeros.

Puesta nuestra filosofía colonial, no por las ideas, inmortales, pero por los hombres que las representaban, en un plano inclinado, con el destierro de los jesuitas comenzó a declinar por la pendiente de la decadencia, que la llevó a ergotismo igual que el de las naciones europeas, pero a fines del siglo XVIII.

El segundo período, de decadencia, va desde 1767 hasta 1825. La crítica que se ha hecho a los escritores de esta época ha sido muy apasionada: no cabe calificar de ergotistas a algunos de los profesores del Colegio del Rosario, como a don Felipe de Vergara, quien intentó, en 1813, la *Vindicación del Angélico y Eucarístico Doctor Santo Tomás de Aquino, en el asunto de la Inmaculada Concepción de María Santísima Nuestra Señora*.

(1) *Methaphysica aristotélica*, fol. 67 (reverso).

(2) ' ' fol. 71.

(3) *Metafisica aristotélica*, fol. 70. Reverso.

(4) Ibáñez. *Crón. de Bogotá*. 2.ª ed. T. 1, p. 385.

Aun cuando una atmósfera pesada circuía a la escolástica, con todo, no llegó ésta a estado tan lamentable como llegara en otras naciones del continente americano.

Así, pues, cuando don Felipe Romana, colegial del Rosario y fiscal de la real Audiencia de Guatemala, envió en 1767, para la biblioteca de nuestro claustro, la *Filosofía* del Padre Francesch, el ilustre profesor de la Universidad de San Carlos, hubo de ser agriamente criticado por nuestros profesores.

Algún travieso colegial puso esta notita en el tercer tomo del escritor guatemalteco:

Mas llegará un día  
En que las ciencias valgan,  
Y en que los hombres salgan  
De la ignorancia que antes los cubría.  
Ya se verán los hombres  
Ir deponiendo sus preocupaciones,  
Y buscando ocasiones  
De eternizar sus nombres  
Empleando el talento  
En otras cosas de mayor momento.

No hubiera olvidado el Padre Francesch las matemáticas, y no hubiera sido tan cruelmente tratado en este *seminario de la doctrina de Santo Tomás*:

«Aristóteles, a quien siguieron los españoles ciegamente por mucho tiempo, y con él, el Angélico Doctor Santo Tomás (a), quería que los que hubieran de estudiar filosofía estuvieran instruidos en las matemáticas. Ya se ve: no hablaban de esta ridícula filosofía.»

«(a) D. Thom. opus. 7. art. 10, q. 1; art. 1 ad dist. cimus. Et ibi: art. 3 ad 6. Et § 6. Ethic. Lec. 7.»

Porque, como leo en otra nota: *sine mathematicis philosophari velle, idem est ac sine cruribus ambulare* (1).

(1) Quien quiera consultar la obra a que nos referimos, hallarála en la biblioteca de nuestro Colegio Mayor: IV—D—26, 27, 28, 29.

La mera introducción a la obra del Padre Francesch, pareció *indigna de la escolástica*; algo así como una profanación de la doctrina del Estagirita, a quien consideraban como el más grande de todos los filósofos: *nil Aristotele sapientius, nil eo doctius*.

Con el transcurso de los años, vino la guerra magna a asegurarnos independencia y libertad. Que en la revolución de 1810 tuvo grande influencia la doctrina tomista, demostráremoslo en su punto.

No han faltado escritores que atribuyan la libertad americana a las exageraciones de la revolución francesa. ¡No! Quien haya leído los *Motivos* de Camilo Torres y Joaquín Gutiérrez, hallará reprobadas *las visitas domiciliarias de Robespierre en los tiempos de la anarquía de Francia* (1); maldecidos *los asesinos marseleses asalariados por el infeliz Egalité* (2); ponderados los extravíos de quien insultó a un obispo, *en oficio escrito con pluma más atrevida que la de Dupin, y con tinta más negra que la de Voltaire* (3); allí hallará, junto a una frase maravillosa, algún *utriusque* (4), que recuerda el latín de nuestros textos de teología sagrada o de filosofía.

«Entre los sistemas de Santo Tomás de Aquino o del Padre Suárez, con los que la ortodoxia católica se esforzaba por mantener la pureza de doctrina, se infiltraban poco a poco en el espíritu de la juventud ideas o principios que tendían a minar las bases del absolutismo y del poder supremo de los monarcas,» confiesa paladinamente el escritor argentino Martínez Paz, de la Universidad de Córdoba (5).

(1) *Motivos* etc. Ed. de 1810, p. 53.

(2) Id. p. 59.

(3) Id. p. 108.

(4) Id. p. 7.

(5) *Revista de la U. N. de C.* Año IV, N.º 1, p. 136 y 37.

Ya don Juan de Solórzano reclamaba, desde 1736, a nombre de Aristóteles, la igualdad de los americanos y españoles (1), con estas palabras: «los americanos no sólo no deben ser excluidos de las prelacías regulares y seculares, oficios y dignidades, como algunos pretenden, sino, en igualdad de méritos, han de ser preferidos a los de España. A que añadido que, supuesto que como queda dicho hacen con éstos un cuerpo, y un reino, y son vasallos de un mismo rey, *no se les puede hacer mayor agravio que intentar excluirles de estos honores, según la doctrina del Filósofo* (t), con quien contexta *Pedro Gregorio* (u).»

Mas toda reacción política, generalmente exagera las ideas filosóficas que le dieron el sér, y esta es otra de las causas de la decadencia de la escolástica a principios del siglo XIX.

El general Santander implantó, en 1825, la doctrina *enteca y paráltica* de Tracy y Benthan y, aun cuando Bolívar, considerando el peligro que corría la juventud colombiana con el aprendizaje de estos autores, los suprimiera en 1828, el *hombre de las leyes*, impúsolos de nuevo en 1833.

Así, pues, desde 1825 inicióse el tercer período de nuestra filosofía. Descartes, Almeyda y Condillac iniciáronlo, comentados por don Manuel Forero, a quien libraron del materialismo las ideas católicas.

Lo cierto es, y ya lo notó el príncipe de nuestros filósofos, que el utilitarismo ha sido la única doctrina anticatólica que ha tenido gran resonancia en la nación; porque, si bien don Mariano Ospina, en 1844 reemplazó a Tracy por Balmes, a pesar de la protesta

(1) *Política indiana*. T. 1, ed. de 1736, c. vi, lib. II.

(t) Arist. 3 Polít. c. 2 & 3.

(u) Petr. Gr. Lib. 4 de rescrip. c. 4, n. 12.

de Ancizar, el Congreso de 1870 resolvió descatalogar a Colombia.

Pero la lucha formidable contra el utilitarismo, iniciada por Margallo, seguida por Caro y Carrasquilla, fue coronada por el triunfo del tomismo, enseñado en el Seminario de Bogotá por el doctor Joaquín Gómez Otero, antes que León XIII lo proclamara y recomendara como el mejor sistema filosófico cristiano.

En 1886, empieza, pues, otra éra en la enseñanza de la filosofía. El renacimiento colombiano ha llamado la atención en Europa y en América del Norte, y ha sido saludado, no ya como esperanza, sino como gran realidad, por el ilustre J. L. Perrier.

Tengo fe en el poder de las ideas, y más cuando ellas forman la medula de un pueblo. Ojalá que estas páginas puedan mostrar el panorama de nuestra cultura filosófica. Hijas de breves años, escritas por un estudiante, han de tener defectos, y más cuando nada se ha escrito sobre el particular. Pero quizá inicien el estudio de los escritores propios, para poder medir nuestra propia altura.

J. F. FRANCO QUIJANO



Universidad del  
**Rosario**

Archivo  
Histórico